

RELATO

LA MUELA DEL JUICIO *final*

Por

David Sueiro Santos

PRÓLOGO

La felicidad se vislumbra en sus ojos de un pálido azul. Una felicidad paralizada por la repentina molestia que proviene de las profundidades de su cavidad bucal. A las ondulaciones de su cabello oscuro no parece incomodarle demasiado. Sin embargo, sus labios escarlatas no dejan de moverse para maldecirla y, habitualmente, se aprisionan el uno contra el otro conteniéndose. En fin, el dolor va y viene sin que le preste excesiva atención y el paso de los días incrementa la dosis diaria de sufrimiento.

A pesar de sus veinte años, Isis no tiene ninguna muela de las llamadas del juicio. Cuyo nombre no tardará en averiguar... y cuya pungente intriga no la deja dormir, al menos no todo lo que ella necesita.

Esta tarde la casualidad la llevó a encontrar la forma de apaciguar la dolencia. Fue la aburrida clase de Moviola la que le permitió explorar sus adentros. Comenzó a acariciar con la lengua la flácida piel que cubre la muela. Sintió despertar algo en ella que hizo que la clase durase menos de lo previsto. Por fin, ha encontrado la forma de dormir...

I ACTO

En este momento, Isis se asoma a la ventana exponiendo su desnudez al mundo. Es una noche apacible, sin el clamor de las bocinas ni el constante murmullo de los viandantes. La luna acecha con una sonrisa y las estrechas centellean movidas por intereses perversos. Observa el paraje tan diferente al de su anhelado Valle de Arán. En esa pequeña localidad bañada por la nieve, sus hermanas pequeñas Gaia y Jana, aprovechan su ausencia para arrebatarse las prendas de ropa más

deseadas. Los recuerdos de las riñas con ellas, acompañadas por las jornadas en esquí con sus primos y las noches compartidas junto a su madre acrecientan su nostalgia.

Con el soplo de una corriente gélida la realidad vuelve a sus ojos, fría e incuestionable, torres altas que se solapan unas a otras. Ahora se siente intimidada. No son las luces salpicadas en los edificios las que le preocupan, son los polizones que se ocultan en la oscuridad de sus apartamentos para masturbarse con salvajismo a su costa. Por un lado, le asusta la idea de cruzarse con ellos en las pestilentes calles que recorren la ciudad; pero por otra, le complace exponer su feminidad ante sus ojos todas las noches. No es ninguna exhibicionista, simplemente le gusta sentirse libre, dejar que su espíritu vuele y si con ello puede alegrar la noche a los curiosos su satisfacción es mayor. Nunca reconocería que le excita sentirse observada... deseada, e imaginar que vierten su amor sobre ella... la frialdad de la ciudad le ha hecho perder la ingenuidad.

Isis deja que le dé un poco la brisa, ansiosa por apaciguar los sofocos a los que le tiene acostumbrada el cuerpo. Siempre tiene calor y no sabe porque, aunque ha notado que la mayoría de las efervescencias se producen ante la proximidad de algún chico de su agrado. Ha empezado a sentir atracciones y darse cuenta de las mismas.

Sus ojos se centran más allá de los edificios, comercios e incluso de los esporádicos árboles reclutados para dar color a la urbe. Domesticados para ella. Deseosos de caer rendidos y morir, pero atados a listones de

madera, sangre de su sangre, para mantenerse erguidos en contra de su voluntad. Isis dibuja una franja imaginaria que bordea las torres, las elimina de su ángulo de visión. Ha tratado miles de veces de transformarlas en montañas, pero su imaginación no cede ante la posibilidad de engañarse a sí misma. Estudiar cine la arrastró aquí, a la ciudad, y la obligaría a quedarse si encontrase en ella alguna forma de hacer dinero. Desecharía su talento y la obligaría a someterse a sus encantos financieros. Sabe que la industria absorberá sus fuerzas, por lo tanto lo mejor será reservarlas...

Isis se acerca a la cama y corre la sábana. Aunque nunca se tapa con ella, prefiere hacerlo así. Se recuesta sobre la cabecera. La lamparilla de noche desprende una luz opaca sobre su fisionomía y baña en bermejo el libro que reposa sobre la mesilla. Siempre acostumbra a leer un libro antes de acostarse. Es una enamorada de la fantasía, de mundos de elfos, guerreros y demás entes sobrenaturales. Seres que, a su vez, inspiran sus sueños. El de esta semana dista de ser un libro épico, se trata de la interpretación de los sueños. La imaginería que la acosa cuando duerme la ha llevado a interesarse por tales asuntos. En las últimas semanas, la idea de hacerse una regresión ronda su cabeza, la de una mujer inquieta que desea explorar los límites de su mente.

Tras leer un par de páginas, el dolor de su boca vuelve a hacerse latente. Realmente siempre ha estado ahí, pero los pálpitos de la carne son más enérgicos cuando el resto de su cuerpo se aletarga. Deja el libro en la mesilla con la precaución de no perder la página. Desliza sus

nalgas sobre la sábana hasta que su cabeza contacta con la almohada.
Gira su perfil hacia la mesilla y apaga la luz.

La luna y las estrellas esperan ver un buen espectáculo.

II ACTO

Isis aprieta los labios en un intento inútil por mitigar el dolor. Es intenso, como si una aguja ardiente le perforara la piel y girase sobre sí misma. Mueve la lengua hacia el final del carrillo. La carne allí está tierna. Nunca se había preocupado por sentir el dolor de cerca, solo se había molestado en aplacarlo lo antes posible. Lame el trozo de carne, la bordea con la dificultad de la muela que la precede. Da toquecitos rápidos... el dolor se transforma en placer. Sus pálpitos se aceleran y sus nervios vibran inquietos. La lengua se sacude como un gusano que no puede salir del charco que lo apresa.

Isis aferra la mano a la almohada. Cierra los párpados con fuerza, los aprisiona contra sus ojos para no perder ni un matiz de las sensaciones que surcan su cuerpo. Se retroalimenta de su dolor.

La última caricia de su juguetona lengua contra la piel la hace estremecer. A través de los dedos de los pies nota un escalofrío que le sube por las piernas. Se duerme de inmediato, exhausta tras un acto tan pecaminoso. Su mano suelta la almohada cayendo lánguida sobre la colcha. Ahora los sueños inundan su mente.

En el fondo de su boca, la montaña de **carne** se quiebra de un extremo a otro. Una brecha rápida igual que la que se abre en una camisa

ceñida. Los segundos dan la salida a efluvios transparentes que comienzan a brotar de la herida. Ceden el paso a la **sangre**, se entremezclan con ella recorriendo el lado izquierdo de la boca y filtrándose entre las grietas de los dientes hasta llegar la parte frontal.

Los labios de Isis están lacrados por la pasta que forma su saliva reseca. Respira apaciblemente por la nariz sumergida en los habituales sofocos que, de vez en cuando, le ofrece su anatomía.

La sangre se acumula en la parte delantera de la boca. Sube como la marea bajo la base de la lengua. La eleva con lentitud. Se cuele por los costados y desciende por la faringe hasta el esófago en una cascada sin fin que corrompe el sueño de Isis. La boca es un embalse caliente. Las **papilas** de la lengua degustan la emanación dulce, salada, amarga, acida... sabores que unidos causan un efecto sobre ella al que no está acostumbrada. La **lengua** culebrea instintivamente sobre el mar rojo degustándolo, sumerge la cabecita en él y se enaltece dejando que las gotas bañen su dorso.

El **paladar** pide a gritos el sangriento elixir. La lengua se empina hacia el techo de la cavidad para calmar sus lloros a través del roce de sus texturas humedecidas. La sangre no cesa en su fuga, sale con un ímpetu que hacer pensar que no está cómoda entre los pliegues de esta piel. La cascada de su faringe cae de forma torrencial rozando la **úvula**, que se columpia plena de júbilo. Las paredes del **esófago** se dilatan y succionan egoístas el mencionado elixir. Su egoísmo despierta a las

amígdalas que se contraen para no dejar escapar ni una sola gota más del líquido.

Isis puede llegar a sentir como le arde la garganta, le resulta tan placentero que excusa mover un solo músculo.

Las **encías** desisten a su cometido y se rinden al festín... se dilatan y estrechan... palpitan de placer, suben y bajan sobre el contorno del diente succionándolos de la base a la cúspide, los abrazan excitadas y los aflojan extasiadas. El roce de sus nervios contra el diente funciona como un sedante exquisito... un orgasmo dental. La sangre entra por la rendija propiciada por la dilatación de las encías y los dientes comienzan a ceder... pierden la estabilidad. Las encías los expulsan de sus cavidades ansiosas por recibir más sangre. Los dientes se ladean unos contra otros sujetados a la carne por la raíz de los nervios. Bailan al ritmo de los latidos: decaen en la expulsión de sangre y se alzan en la succión. Las **glándulas** segregan grandes cantidades de saliva animadas por la danza.

Isis se remueve en las sábanas. Un rostro pacífico a pesar de que todo un mundo trabaja sin descanso bajo su piel. Se traga su vida a grandes sorbos. Venas, arterias y capilares no dejan de bombear, no dan abasto con las pretensiones de su dueña, que ahora ya siente como el vientre se le incendia.

La **muela** del juicio asoma bajo la brecha, busca su sitio en la poblada boca moviendo a los demás dientes, desubicándolos de su sitio. Las muelas adelantan filas y los dientes se entrecruzan en una trinchera. La

muela surge por completo de su fosa taponando la emanación de sangre. Las encías dejan de recibir su deseado jugo y se cierran de golpe. Los decaídos dientes se alzan al instante. En el acto, chocan y se incrustan unos a otros entrecruzándose en una inexorable cremallera. La sangre surca la boca chocando contra la presa de esmalte que forman sus dientes y se vuelca camino al esófago en una gran ola. Las amígdalas tratan de evitarlo cerrándose en sobremanera, la lengua se contenta con el charco que hay bajo su cuerpo además de la ducha de gotas que se derraman desde el paladar... lo suyo es una adicción, y el esófago reclama lo que es suyo a través de perpetuas convulsiones. La úvula se une a las amígdalas en su batalla contra el esófago, pero acaban cediendo conscientes de que su barricada causaría su propia muerte. Los pulmones agradecen el gesto. La sangre surca las paredes del esófago pare su regocijo final.

III ACTO

El sol hace acto de presencia ansioso por verificar las picardías que le ha contado la luna.

El rostro de Isis se ve desvelado por sus rayos ocre. Abre los ojos e intenta bostezar... no puede. Intenta hablar... su lengua se remueve lapidada bajo una sólida costra, pero rodeada por el dulce sabor de la sangre para envidia de los más grandes vampiros. Decide esperar, como otras tantas veces en las que su mente se despierta antes que su cuerpo. Ya ha sentido estos segundos de angustia anteriormente... cuando su alma decide hacer un viaje astral sin avisar, pero para su

sorpresa se ve capaz de mover los dedos... las piernas... incluso sus labios, pero su mandíbula sigue sin responder. Respira, el aire entra con dificultad por su nariz y sale reconvertido en un aroma que hace que se le revuelvan las tripas. Una arcada muda, siente la bilis en la garganta. Lleva las manos a la boca, las nota pesadas... sin fuerza. Aparta los labios y palpa los dientes perfectamente ensartados sin encontrar un hueco en el que hurgar.

Producto de la desorientación, su cuerpo se bambolea y cae de la cama. En el impacto su estómago da vueltas, percibe un gorgoteo y una corriente pesada que se sacude en su interior. Se arrastra moribunda hacia la cómoda. Consume la moqueta con los ojos, pero las manos y las piernas no se mueven al mismo ritmo. El empacho de sangría la ha hecho perder las fuerzas. A duras penas llega a la cómoda y se reincorpora sobre sus rodillas para ver su rostro reflejado en el espejo. Se acerca a él precavida al igual que un gato, esos animalitos que la tienen cautivada. El esperpento personificado: a su cabello enmarañado se unen sus ojos vidriosos con las lagañas oscilantes en los surcos de las lágrimas. Despliega los labios para dejar su cara paralizada en una desagradable mueca. Entra en shock. Su respiración se intensifica. La nariz no da abasto con la entrada y salida de aire. Las fosas nasales se oprimen y, en un nuevo intento de por respirar, expulsa un chorro de sangre que las taponan por completo. El aire ya no le llega al cerebro. Siente como este trata de salir de la bóveda del cráneo anhelante de seguir viviendo. El dolor de cabeza la hace retorcerse sobre el suelo. Patalea y da manotazos al aire. Sus ojos están inyectados en sangre y

miran a todos lados exasperados. Por un instante, pasa por su mente la idea de que todo es un sueño, un sueño muy real.

Deja que la respiración retoma su pauta. La aleta izquierda de su nariz escupe un pedazo de costra que le permite respirar con dificultad. La estrechez de la ranura genera un leve silbido cada vez que toma oxígeno. El aire que se desprende de ella está viciado. Respira por unos segundos en el nauseabundo hábitat que generan sus adentros... Coge el teléfono de la cómoda. Marca un número con mano trémula. La voz de su madre surge al otro lado de la línea. Isis trata de hablar pero de su boca solo sales jadeos inarticulados. Todo el orgullo de una madre plasmado en esa gesticulación escabrosa. Su madre no la escucha. Sus hermanas irrumpen hablando en aranés: “Quan vieràs? Te trapam fautar.” (Cuando vas a venir, te echamos de menos) “Punets!” (Besos).

En un nuevo intento por abrir la boca, los tejidos de las encías se tersan y algunos dientes se escinden de la raíz. Un dolor fortísimo que se dispara por todo el mecanismo de su cuerpo y la deja rígida hasta que se va disipando por las terminaciones nerviosas. La sangre emana por las oquedades... el olor se hace insoportable. Hay un seísmo en sus tripas proseguido por un tsunami... la sangre bulle por sus intestinos a un ritmo vertiginoso. Ascende burbujeante por el esófago. Isis la siente llegar. Inunda su paladar hasta colisionar con los dientes. Las encías le tiran por el impacto del choque. Las mandíbulas vibran incapaces de contener la corriente de vomito que, renegada a volver al abismo de sus entrañas, busca salida por los orificios nasales. Incapaz de respirar, Isis es presa de la consternación una vez más. Ahogada por su gula y

viendo como su cena se esparce por la moqueta. Estira el brazo desde el suelo y abre un cajón de la cómoda. Rebusca con la mano hasta encontrar un bloque de fotos sujetadas con una goma.

El aire se está acabando. Saca la goma y aparta las fotos hasta encontrar la que busca. El Valle de Arán en todo su esplendor con las montañas nevadas y el sol reflejado en la hierba. La deja sobre la moqueta cada vez más encharcada.

El aire se agota y la corriente de vomito no flaquea. Recuesta la cabeza al lado de la foto mientras la deja elevada con la ayuda de la mano. La observa consternada, quiere que sea su último recuerdo. Gravarlo en la retina. Nunca deseó morir en la ciudad, donde la gente no mira más que por su propio culo. Unos puntos negros irrumpen en su visión carcomiendo la nieve. Las sienes le laten con violencia, comienza a sufrir convulsiones, pero hace todo lo posible por mantener los ojos en la fotografía hasta que una nube de sangre oscurece sus pupilas. El cerebro se rinde, sucumbe a su destino con una imagen todavía impresa. La fotografía cae al suelo próxima al teléfono, que emite la constante señal de la comunicación. Los ojos de Isis, abiertos como platos, lloran lágrimas de sangre que corren en anchas gotas por sus pómulos. La nariz no deja de escupir... Una vida que soñaba dedicar al cine corroída en cada centímetro de su boca... La moqueta queda sembrada por un cadáver que ya viaja al onírico mundo de los sueños para hacer una regresión de la que no volverá jamás.

Punets, Isis... Punets.